

vida, de perfeccionamiento. Los jesuitas, por más que estuviesen llamados á reobrar contra una revolucion, han sido tambien innovadores. Hemos dicho en otro lugar que el protestantismo exageró la gracia para reanimar el sentimiento religioso, pero que exaltando el poder de Dios, anuló al hombre (1). Por reaccion contra el protestantismo, los jesuitas exaltaron la libertad. En esto estaban en lo cierto: continuaban el movimiento antiagustiniano en el que habian trabajado los grandes pensadores de la Edad Media sin tener conciencia de ello, y su doctrina triunfó sobre los partidarios severos del doctor de la gracia. Esto era inaugurar un nuevo catolicismo, es decir, realizar la idea de una religion progresiva en el seno de una Iglesia inmutable. No hay, seguramente, una prueba más convincente de la inevitable necesidad del progreso. Más adelante apreciaremos las doctrinas religiosas de los jesuitas; por ahora debemos seguirles en su lucha contra el protestantismo.

§ II. La reaccion. La violencia.

N.º 1.—Alemania. Los jesuitas reformadores.

El adversario más encarnizado de la sociedad de Loyola, dice que despues de Dios, la salvacion de la religion católica en Alemania se debe á los padres de la Compañía (2). *Scioppius* es un apóstata protestante; su testimonio no es, pues, sospechoso. El mismo se vanagloriaba de haber encendido la guerra de los treinta años; pero esta gloria ó esta infamia corresponde al catolicismo, y los jesuitas ántes que nadie pueden reivindicar este honor, si hay honor en ello. Gustavo Adolfo les echó en cara públicamente el ser los autores de los males de la Alemania; les dijo que tendrían que dar cuenta ante el tribunal de Dios de la sangre que habian hecho derramar (3). El héroe sueco y el publicista aleman

(1) Véase el t. VIII de mis *Estudios*.

(2) *SCIOPPIUS, Not. ad Poggianum*, t. IV, p. 425.

(3) *GRIMOARD, Historia de las conquistas de Gustavo Adolfo*, III, 17.

tienen razon. Sí, los jesuitas han salvado el catolicismo en Alemania, pero es á costa de la guerra más desastrosa. La reaccion católica y la guerra de treinta años que fué su fruto, son en gran parte la obra de su celo y de sus intrigas.

Cuando los jesuitas fueron á Alemania, el imperio gozaba de la paz de Augsburgo. No era, ciertamente, más que una tregua, pero la tregua hubiera podido llegar á ser una paz definitiva, si las pasiones religiosas no hubiesen sido alimentadas, si los odios nacidos de la separacion no hubiesen sido excitados ingesantemente. ¿Quién fomentó las pasiones y los odios? El Pontificado y su milicia, los jesuitas. Los católicos no habian consentido de buena fe el convenio de Augsburgo; los mismos que lo firmaron se proponian romperlo; la córte de Roma se negó á reconocerlo. Fieles instrumentos de la Santa Sede, los jesuitas trataron de anularlo en cuanto tuvieron un pié en Alemania. Sostuvieron que el tratado no era obligatorio: ¿tenian los príncipes católicos el derecho de transigir con la herejía, de colocar á la concubina al lado de la esposa legítima? La paz de Augsburgo no era más que un acto de circunstancias por el cual se toleraba provisionalmente á los protestantes. Tal era el texto habitual de las predicaciones jesuíticas (1). Los jesuitas no reconocian tampoco fuerza obligatoria á las cartas imperiales, por las cuales los jefes del imperio habian garantido la libertad religiosa á las poblaciones de la Bohemia y del Austria; eran nulas, decian, porque no las habia aprobado el papa; y los juramentos de los príncipes no les obligaban, porque no hay que cumplir la palabra dada á los herejes (2). Es muy cierto que las *Cartas de Majestad*, confirmadas por los juramentos de inauguracion, eran leyes fundamentales tan sagradas como nuestras constituciones; pero ¿que es para la Iglesia el pacto más sagrado, cuando se trata del interes de Dios, es decir de la dominacion clerical?

Atacar el tratado de Augsburgo y las cartas imperiales, era declarar la guerra á los protestantes, puesto que la paz entre las

(1) *GIESELER, Kirchengeschichte*, t. III, P. 1.ª, § 12, notas 12 y 24. — *RANKE, Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 398.

(2) *KHEVENHILLER, Annales*, t. IX, p. 120 y 37.

dos confesiones no tenía más base que estas actas solemnes: esto era provocar una guerra á muerte, porque, si la palabra del emperador, si la fe jurada no eran una garantía, ¿en que podían confiar los protestantes? Los jesuitas tuvieron la habilidad de no acusar demasiado á los protestantes desde el principio. Se aprovecharon de la paz de Augsburgo contra aquellos mismos que la habían dictado. Esta concedía á los príncipes el derecho de reformar la religión; los jesuitas sostuvieron, y no sin razón, que los príncipes católicos podían hacerse reformadores lo mismo que los príncipes protestantes. Esto era volver una garantía del protestantismo contra los protestantes, y cubrir la reacción católica con la capa de la legalidad. En realidad, esta reforma legal tuvo los procedimientos violentos de una revolución. En 93 se decía: ¡la república ó la muerte! Los jesuitas decían en el siglo XVI: ¡el catolicismo ó el destierro con todas sus miserias!

En 1558, los jesuitas empezaron la campaña contra los protestantes. Se impuso por el duque de Baviera una confesión de fe redactada por ellos, primeramente á los funcionarios, después á los habitantes; los jesuitas presidieron á la ejecución: todos los que se negaron á suscribir la fórmula fueron desterrados. Viendo cuán fácil era la cosa, los obispos y los abades se apresuraron á imitar este ejemplo, siempre bajo la inspiración de los reverendos padres. El derecho de reforma daba un medio fácil de volver á traer á los protestantes al seno de la Iglesia; bastaba ganar los príncipes; una vez convertidos, restablecían el catolicismo como quien hace un reglamento de policía (1). Los jesuitas lo comprendieron así y lo pusieron en ejecución. La educación de que se apoderaron en Alemania, lo mismo que en otras partes, y de que los protestantes tuvieron la poca precaución de dejarles el monopolio, ponía en sus manos la sociedad entera. Su talento de educador les sirvió admirablemente en la Universidad de Ingolstadt. Había allí en la segunda mitad del siglo XVI un joven príncipe austriaco, entregado á la Iglesia por su madre; los jesuitas acabaron de hacer de él un instrumento de sus designios.

Al advenimiento de Fernando al imperio, estalló en Bohemia

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, III, 1, § 11, notas 15, 21, 27.

una revolución. Hubiera podido ser fatal al catolicismo y á los jesuitas, si los protestantes hubiesen estado unidos, si hubieran tenido siquiera un poco de espíritu político. Los jesuitas fueron las primeras víctimas de la insurrección; se los arrojó de la Bohemia como enemigos del Estado. *La Apología de los Bohemios* nos dirá los odios que la orden de Loyola tenía ya desde entonces acumulados sobre su cabeza: acusó á los reverendos padres «de haber excitado la desunión en la nación por medio de sus intrigas, tratando de volver á someter á los utraquistas á la dominación de Roma; los acusó de haber obligado al emperador, con desprecio de las *Cartas de Majestad*, á emplear la fuerza para extirpar á los utraquistas por medio del hierro y del fuego: los acusó de haber hecho á los discípulos de Hus una guerra aún más odiosa, prodigando los favores del gobierno á los católicos y á los apóstatas, y persiguiendo á los utraquistas con mil vejaciones; en fin, los acusó de haber manchado la justicia misma, favoreciendo á sus amigos en sus tribunales y maltratando á los utraquistas como enemigos del príncipe» (1).

Los protestantes no supieron aprovechar la revolución. Una sola batalla bastó para poner fin al reinado del *rey de invierno*. Los jesuitas volvieron con los vencedores; tenían que vengar sus injurias juntamente con la causa de Dios. Veamos su conducta. Hemos dicho ya los actos de violencia que siguieron á la victoria de Praga: primeramente, expulsión de los ministros calvinistas, después de los ministros luteranos, los protestantes puestos fuera de la ley, la reforma católica llevada á cabo por la fuerza. Los jesuitas inspiraron á Fernando en la Bohemia, lo mismo que lo inspiraron durante toda su vida. Según sus contemporáneos, su confesor jesuita, el famoso padre Lamormain, «tenía en sus manos el corazón del emperador; le preguntaba su opinión en todas las cosas, y esta opinión era seguida siempre; Fernando le obedecía lo mismo que una oveja á su pastor» (2). La reacción católica es-

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. IX, p. 35 y sig.

(2) *Status particularis regiminis Ferdinandi II*, a. 1637, p. 1. C. IB., p. 71: «Pater Lamormain maxima in aula Cesarea pollet auctoritate; utpote qui cor Cesaris in manibus et nutu suo habet, cujusque consilia et monitoria tam in rebus ecclesiasticis quam in politicis omnia alia prevaleant.»

taba por completo bajo la direccion de los jesuitas: «Lo que los jesuitas querian, dice un historiador, testigo ocular, el emperador lo mandaba, y los soldados lo ejecutaban» (1). Los reverendos padres acompañaban á los convertidores armados; ellos fueron los inventores de las dragonadas (2).

No son las dragonadas el crimen mayor de los jesuitas en la funesta guerra de los treinta años. Cuando se desencadenan las pasiones, cuando la espada decide de la fe, son inevitables los horrores en todos los campos. Los discípulos de Loyola fueron el genio del mal de la Alemania; su fanatismo encendió la guerra, y la hubieran eternizado, si hubiera dependido de ellos; la hubieran continuado, como dignos ministros del Pontificado, hasta el completo exterminio del protestantismo. Los guerreros se cansaron de la guerra y se inclinaron á la paz, mientras que los jesuitas, discípulos por excelencia de aquel que se llamaba el príncipe de la paz, pusieron obstáculos incesantemente á todas las negociaciones que hubieran podido conducir á la pacificacion de la Alemania. Conociase tan claramente que la Sociedad de Loyola era el gran obstáculo á la union de los espíritus, que Gustavo Adolfo, aquel héroe tolerante y humano, pidió la expulsion de los jesuitas, como condicion principal del tratado que debia de celebrarse con Austria (3). Wallenstein mismo, el campeón de la casa de Austria, hizo en 1633 la proposicion de arrojarlos del imperio, porque eran los verdaderos perturbadores de la Alemania y embrolladores incorregibles (4). La historia de las negociaciones que siguieron á la muerte de Gustavo Adolfo hasta la paz de Westfalia es una larga acta de acusacion contra la Compañía de Jesus.

En 1635, Fernando II hizo la paz más ventajosa para la casa de Austria y el catolicismo; el tratado de Praga separaba de la Suecia al elector de Sajonia y preparaba la defeccion de los demas príncipes protestantes. Sin embargo, ¿quién lo creyera? los jesuitas se opusieron á ello, é intrigaron tanto, que los electores católi-

(1) PFAFF, *Geschichte des Fürstenhauses Witttemberg*, t. III, l, p. 406.

(2) GFRÖRER, *Gustav. Adolf.*, p. 347.

(3) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 322.

(4) CHEMNITZ, *der schwedische Krieg*, t. II, p. 136.

cos no aceptaron la paz sino con reservas (1). La Sociedad de Jesus seguía la política de los papas, que no transigen jamás con la herejía. Debemos añadir que los jesuitas tenían además un interés más personal en combatir el tratado de Praga; suspendía la ejecucion del edicto de restitucion, y los reverendos padres tenían en esto tanto interés como en el catolicismo, luego dirémos por qué: corrió la sangre, para permitir á los jesuitas enriquecerse á costa de los protestantes y de los católicos. En 1637, el príncipe de Hesse-Cassel, el aliado más antiguo de la Suecia, estaba pronto á entenderse con el nuevo emperador, Fernando III; no se pedía en su nombre más que la tolerancia en favor de los reformados, y garantías para el protestantismo. Pero la tolerancia concedida á la secta odiosa de Calvino era á los ojos de los jesuitas la abominacion de la desolacion; manifestaron al emperador que había esperanzas de aniquilar á los protestantes, dividiéndolos, como lo probaba la desercion del elector de Sajonia. Gracias á su influencia, la negociacion que hubiera podido terminar la guerra diez años ántes y salvar á la Alemania de la vergüenza de un desmembramiento, fracasó (2).

En 1640 se reunió una dieta en Ratisbona; estuvo unánime en reclamar una amnistía general, como preliminar de la paz que la Alemania esperaba con ansiedad; solamente los jesuitas hablaron y escribieron contra toda reconciliacion; querían que la guerra sagrada se llevase hasta el fin (3). Así, pues, la horrible guerra de los treinta años era sagrada á sus ojos, porque se hacía por la ambicion de Roma! La nacion alemana no ha olvidado despues de dos siglos el doloroso sacrificio á cuyo precio compró la paz tan ardentemente deseada; se queja de la ambicion de la Francia, que se aprovechó de sus despojos; deberia quejarse del catolicismo ultramontano y de sus órganos los jesuitas. En 1643 se trató, en

(1) *Rheinisches Archiv für Geschichte und Literatur*, t. IX, p. 317, segun el testimonio de un contemporáneo católico, el dean BODMAN.

(2) Véanse los testimonios auténticos en ROMMEL, *Neuere Geschichte von Hessen*, t. IV, p. 485-554.

(3) Carta del jesuita Sizinus del 6 de Mayo de 1639, en MOSER, *Patriotisches Archiv für Deutschland*, t. VI, p. 537: «Romana et hispana consilia jubent pergere strenuo in sacro bello.»—Compárese el escrito del padre provincial FORER, en STEUVE, *Historia der Religions-beschwerden*, t. I, p. 811.

una reunion de los Estados en Francfort, de reconciliar al emperador con los príncipes protestantes. ¿Quién no ve que, si la Alemania se hubiese presentado en el Congreso de Munster unida y fuerte, no hubiera podido despojarla el extranjero? Pero para alcanzar la reconciliacion, hubiera sido preciso hacer concesiones religiosas á los disidentes: Fernando III se negó. Su negativa obligó á los protestantes á echarse en brazos del extranjero, y el apoyo del extranjero es siempre el apoyo del enemigo (1). La casa de Austria se vió por fin obligada por las armas victoriosas de la Francia á consentir la paz. ¿Cual fué la política de los ultramontanos en las largas negociaciones que precedieron al tratado de Westfalia? Abrazaron el partido de la Francia, pusieron al emperador en el caso de concederle todo cuanto pedia, porque esperaban que el rey cristianísimo se uniría con ellos contra los protestantes (2). ¡He aquí el patriotismo de los católicos! A ellos debe la Alemania el haber sido desmembrada.

Se dirá que los jesuitas, como soldados del Papa, no podían obrar más que como obraron. Admitimos la excusa ó la justificacion; creémos que los enemigos de la Sociedad han separado equivocadamente su causa de la del catolicismo tradicional, cuyos representantes más fieles y cuyos campeones más valerosos son los discípulos de Loyola. Ahora bien, el papa no quería, no podía querer la paz con los protestantes; luego él es, el catolicismo es el responsable de la sangre derramada, de la ruina y de la vergüenza de la Alemania. Hay otra acusacion que pesa sobre los jesuitas, y de la que les es más difícil lavarse. El papa no les impulsó, que sepamos, la codicia con que deshonraron su causa. Se ha calculado que los reverendos padres se apropiaron por medio de donaciones piadosas, arrancadas á la piedad de su discípulo, el emperador Fernando, la tercera parte de las rentas de la Bohe-

(1) ROMMEL, *Neuere Geschichte von Hessen*, t. IV, p. 660.

(2) *Negociaciones secretas referentes á la paz de Munster*, t. III, p. 187: «La mayor parte de ellos han dicho claramente que el medio de hacer la paz era satisfacer á la Francia, y que era preciso empezar por ahí para alcanzar mejor éxito en los negocios que hay que tratar con los protestantes.» (Despacho del plenipotenciario frances en Munster, del 21 de Mayo de 1646.)

mia (1). Esta gigantesca explotacion sería increíble si no se supiese que casi todo el suelo fué confiscado en beneficio de los vendedores. Los jesuitas trataron de aplicar su sistema de expropiacion á la Alemania entera. El edicto de restitucion, que debia trastornar el estado de la propiedad en el Imperio, fué obra suya, y emplearon en su ejecucion un santo furor: «¡Animo! exclama el padre provincial *Forer*. Si encontrais oposicion, quemad é incendiad hasta que las estrellas se derritan y los ángeles sientan tostárseles los piés» (2). Claro está que los reverendos padres trabajaban por la causa de la religion. Lamormain se llamaba el *fiscal* de Dios; pero su celo ¿era completamente desinteresado?

Vamos á ver cómo entendian los jesuitas la restitucion de los bienes eclesiásticos. En Augsburgo se hicieron *restituir* un colegio protestante, que no habia pertenecido jamas á la Iglesia, porque habia sido constituido á expensas de la clase media protestante; de modo que aquellos mismos que se lamentaban de la espoliacion se hacian á su vez espoliadores. Se dirá que lo que se cogía á los herejes era buena presa. Enhorabuena, pero los jesuitas no se contentaron con despojar al enemigo; se hicieron *restituir* los bienes que habian pertenecido á las otras órdenes religiosas; no retrocedieron ante ningun medio para apropiarse todo cuanto se podia coger. Unas veces recurrían á mentiras que podrian calificarse de estafas: pretextando que los antiguos religiosos les habian cedido sus derechos, se posesionaban á despecho de las protestas de los pretendidos donantes. Otras empleaban la astucia y la violencia para despojar á pobres religiosas (3). El éxito hizo á los jesuitas demasiado emprendedores; llevaron las cosas al extremo de que la nobleza católica, y aún los tres electores eclesiásticos, dirigieron vivas quejas al papa sobre la rapacidad de la Sociedad de Loyola (4).

(1) SUGENHEIM (*Geschichte der Jesuiten in Deutschland*, t. II, p. 312-315) da algunos detalles sobre aquella gigantesca explotacion.

(2) «Estote ferventes. Sollten Einige das hindern, so soll man brennen, dass die Engel die Füße an sich ziehen und die Sterne schmelzen.» (MEMMINGER-*Württembergischer Jahrbücher*, 1821, p. 231.)

(3) SUGENHEIM, *Geschichte der Jesuiten*, t. II, p. 46 y 61.

(4) HAY, *Aula ecclesiastica*, p. 497-503. La nobleza dijo: «*Res indigna est, beatissime Pater, nobis minime perferenda. Quod si Sanctitas Vestra has Patrum*

Ahora sabemos ya á qué precio reformó la milicia del papa la Alemania. Los jesuitas, ministros de un Dios de paz, alimentaron la discordia, hasta que el ódio religioso produjo la más horrible de las guerras. Sacerdotes de una religion que aborrece la sangre, promovieron la efusion de sangre que corrió á torrentes durante treinta años. Discípulos, y llevando el nombre de Aquél que fué el doctor de la humildad y de la pobreza, se arrojaron sobre los despojos de los vencidos, explotando en su beneficio las calamidades de que ellos eran los autores ó los cómplices. El Pontificado y sus instrumentos los jesuitas arruinaron la Alemania y la condujeron á su fraccionamiento. ¡ Hé aquí cómo salvaron la causa de Dios los hombres de la reaccion católica!

N.º 2.— *La Inglaterra.— Los jesuitas conspiradores.*

En Alemania los jesuitas dominaban; tenian á su favor la letra de la paz de Augsburgo; tenian consigo á los príncipes católicos y al emperador. En Inglaterra el catolicismo estaba proscrito; los jesuitas tenian contra sí la ley, el gobierno y la mayoría de la nacion. No podia, pues, tratarse de una reforma católica hecha á la sombra de la ley, y mucho ménos de un llamamiento á las armas. Los jesuitas recurrieron á la astucia; se hicieron conspiradores. Pascal ha criticado en sus inmortales folletos la doblez de los discípulos de Loyola. Los defensores de los jesuitas pretenden que el autor de las *Provinciales* los ha calumniado: los hechos decidirán. Conocemos la doctrina de la Compañía acerca del poder de los papas; es la teoría ultramontana bajo el nombre de poder indirecto. Pudiera acusarse á esta doctrina de superchería, porque los jesuitas negaban todo poder al papa, al paso que le daban, por un camino indirecto, lo que al parecer le quitaban. Hubo aún más malicia en sus actos. Un papa excomulgó á la reina Isabel, desligó á sus súbditos del deber de fidelidad y provocó á todos los católicos á la insurreccion. ¿ Podian los jesui-

Societatis, divino et humano, gentiumque juri contrarias et avidas intentiones et machinationes—avertere dignabitur.....

tas, instrumentos ciegos del Pontificado, dudar un momento en su línea de conducta? Sin embargo, su lenguaje fué lo más moderado posible; no dejaron escapar en público ni una palabra sobre el poder directo ó indirecto de los papas; pareció que reconocian el gobierno de la reina excomulgada y depuesta por el vicario de Dios; no iban á Inglaterra, decian, á intrigar contra la autoridad de Isabel, iban á salvar las almas (1). ¡ Pura táctica! Los jesuitas comprendian que en Inglaterra, ménos que en cualquier otra parte, podian atacar el sentimiento de la independencia y de la soberanía nacional. Pero al mismo tiempo que adulaban al patriotismo inglés ó contemporizaban con él, conspiraban contra la vida de Isabel y contra la libertad de la nacion.

Es difícil coger *infraganti* á los conspiradores, y mucho más cuando los que conspiran son jesuitas, porque tienen siempre á su servicio mil protestas públicas para ponerse al abrigo de toda sospecha. Para apreciar estas protestas en su justo valor, es preciso saber lo que quieren decir las palabras en boca de los hijos de Loyola. ¿ Qué más inocente, más legítimo, más meritorio que los seminarios ingleses fundados en el continente? Arrojadlos de su patria, los sacerdotes católicos conservaban en ellos el fuego sagrado de la fe, y sacrificaban su vida por difundir la palabra de Dios entre sus hermanos de Inglaterra. Son seminarios de mártires, exclama el cardenal *Baronio*: « La sagrada compañía de Jesus los engorda en su santo redil como inocentes corderos, víctimas agradables á Dios » (2); Oigamos la *Apologia* del padre *Allen* de la *Compañía de Jesus* y el *seminario inglés*: « Desde el momento en que los padres de la Sociedad oyeron que el papa enviaria á algunos de ellos á Inglaterra, jesuitas de gran saber, Ingleses y de otras naciones, se echaron á los piés de sus superiores, y pidieron con lágrimas la gracia de combatir el protestantismo ó

(1) Al mismo tiempo que la vida de Isabel se veía amenazada por la conspiracion de Gifford, Savage y Babington, tramada en Reims, escribieron los jesuitas una especie de carta pastoral á los católicos de Inglaterra, para exhortarlos á que no alterasen el orden, ni atentasen de ninguna manera contra la reina, sino que acudiesen únicamente á las lágrimas, á las oraciones, á las vigiliass y á los ayunos, únicas armas que pueden oponer los cristianos á la persecucion. (CAMB-DEN, *Annales*.)

(2) *Martirologio del cardenal BARONIO*, 29 de Diciembre.

de morir confesando la fe de Cristo.» Admiramos este heroísmo; pero lo que la Iglesia llama martirio, nosotros lo llamamos rebelión á la ley, crimen de traición. En vano se dice que los jesuitas tenían la instrucción de permanecer ajenos á la política (1); eran rebeldes en el mero hecho de establecerse en Inglaterra. ¿Pero es verdad que no se mezclaron en política? El embajador de Francia en Inglaterra, testigo de sus intrigas, los acusa de ser chismosos y malos ciudadanos; los acusa de haber conspirado contra la vida de la reina y de haberse hecho los instrumentos del extranjero para derribar su gobierno (2). Enrique IV, que no era su enemigo, puesto que los llamó á Francia, los acusa igualmente de ser los agentes de la España (3). En fin, aquellos mártires de la fe intriguaron tanto, que levantaron contra sí hasta al mismo clero católico. Los sacerdotes seculares escribieron al papa que la compañía de Jesús comprometía la causa del catolicismo en Inglaterra: «Las incesantes conspiraciones de los padres, dicen, han obligado al gobierno de la reina á tomar severas medidas contra los católicos; ellos han impulsado á la España á invadir la Inglaterra y la Irlanda; ellos sostienen que la hija de Felipe II tiene derecho á la corona de Inglaterra, y obligan á los discípulos de sus seminarios á prestar juramento de fidelidad á esta soberana.» El clero inglés creyó deber disuadir á las familias católicas de que enviasen á sus hijos á los seminarios de los jesuitas, porque en ellos se los educaba en la deslealtad y en la traición (4).

No deben negar los jesuitas su complicidad con la España; son, en su papel de católicos, partidarios sinceros de la Santa Sede. En otra parte hemos mostrado al Papa unido con la España con-

(1) CRETINEAU-JOLY, *Historia de la Compañía de Jesús*, t. II, p. 278.

(2) RAUMER, *Briefe*, t. II, p. 235.

(3) Carta de Enrique IV á su embajador en Venecia (1601): «Yo he favorecido á los sacerdotes ingleses y católicos ingleses que se oponen á los designios de los jesuitas, los cuales sirven más á las pasiones de los Españoles que á los adelantamientos del bien de la religion, los unos por indiscrecion, los otros por malicia.» (*Cartas de Enrique IV*, t. V, p. 574.)

(4) CAMDEN, *Annales*, ad a. 1602, p. 844: «*Jesuitarum sceleratas in rempublicam molitiones omnia conturbasse, catholicam religionem admodum labefactasse et severas leges in catholicos elicuisse..... Postremo pontificios anglos obtestati sunt, ne liberos in jesuitarum seminarios educandos transmitterent, qui proditionis virus teneris animis cum primis rudimentis infundere assolent.*»

tra Isabel, excitando conjuraciones contra la vida de la reina y contra la independencia de Inglaterra. ¿Podían dudar los jesuitas, colocados entre su deber de Ingleses y su deber de católicos? ¿No debemos obedecer á Dios ántes que á los hombres? Pues bien, la voz del Papa es la voz de Dios, áun cuando ordene el asesinato y la rebelión. Sin embargo, los historiadores de la orden han sostenido la inocencia de los jesuitas ingleses. Pero ábrense los archivos de Simánca á las curiosas miradas de la posteridad, y en ellos encontramos la cuenta de las sumas que Felipe II pagaba á los jesuitas de Reims. ¿Recibia acaso por decir misa el Padre Allen dos mil escudos de oro al año del rey de España? (1). Este era el salario de los conspiradores. El asesino Savage fué educado en Reims; se le quitaron sus escrúpulos de soldado, diciéndole «que la muerte de una princesa hereje, enemiga de la religion, excomulgada por el Papa, sería legítima y meritoria, y que no podría hacer nada más útil á su país, ni más propio para ganar el cielo.» Por aquel mismo tiempo se tramaba otra conjuración contra la vida de Isabel, en la que figuraba como agente principal un sacerdote católico. Uno de los cómplices, jóven sacerdote, que pertenecía á una familia noble de Inglaterra, hizo traición á los conspiradores. *Gifford* excedió en perfidia á sus maestros; educado desde la edad de doce años por los jesuitas, volvió contra ellos, ó más bien contra María Estuardo, el arte de la traición que se le habia enseñado en Reims. El miserable se vendió á Walsingham y consintió en desempeñar el papel de agente provocador cerca de la desgraciada prisionera (2). Sabido es que los complots de los jesuitas dieron por resultado hacer perecer á la reina de Escocia en el cadalso y agravar la suerte de los católicos ingleses.

Un crimen más negro todavía se imputa también á los jesuitas; la conspiración de las pólvoras. No queremos hacernos eco de las acusaciones lanzadas contra la orden de Loyola por sus enemigos. Hay muchas oscuridades, muchas dudas en aquel horroroso complot, tramado por los católicos ingleses. Referiremos los hechos

(1) MIGNET, *María Estuardo*, c. 10, t. II, p. 214.

(2) MIGNET, *Historia de María Estuardo*, c. 10, t. II, p. 215 y sig.